

Abrasada

P. C. Cast y Kristin Cast



Traducción de Laura Rodríguez Manso



PANDORA

Libros publicados de P. C. Cast y Kristin Cast

## LA CASA DE LA NOCHE

1. Marcada
2. Traicionada
3. Elegida
4. Indómita
5. Atrapada
6. Tentada
7. Abrasada

Próximamente:

8. El manual del iniciado

Título original: *Burned*  
Primera edición

© P. C. Cast y Kristin Cast, 2010

Ilustración de portada: © Serie: Cara E. Petrus. Portada: Michael Storrings. Fotografía: Herman Estévez

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Trakatrá es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-680-3 Depósito Legal: xxxxxxx

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

P.C.: Este va para mi Guardián. Te quiero.  
Kristin: (Se refiere a ti, «Shawnus»).



## Agradecimientos

P. C.:

Este libro no habría sido posible si tres hombres muy especiales no me hubiesen abierto sus historias, sus vidas y sus corazones. Tengo una deuda con Seoras Wallace, Alain Mac au Halpine y Alan Torrance. Cualquier error en la recreación de los hechos y en la narración de sus mitos escoceses e irlandeses será mío y solamente mío. Guerreros, os lo agradezco. Además, ¡Gracias, Denise Torrance, por salvarme de toda esa testosterona del clan Wallace!

Mientras investigaba en la isla de Skye, mi campamento base fue la encantadora Toravaig House. Me gustaría darle las gracias al personal por haber hecho mi estancia tan agradable... ¡incluso aunque no fuesen capaces de hacer nada con la lluvia!

A veces tengo que entrar en lo que mis amigos y familia llaman la «cueva del escritor» para acabar un libro. Ese fue el caso con *Abrasada* y mi cueva fue muuuuuy sobrellevable gracias a Paawan Arora, en el Grand Cayman Ritz Carlton, así como a Heather Lockington y el maravilloso personal del impresionante Cotton Tree. Gracias, gracias por ayudarme a hacer del Cayman mi segunda casa y por esconderme del mundo para que pudiese escribir y escribir.

He usado un poco de gaélico en este libro. Sí, es difícil de pronunciar (un poco como el cheroqui) y existen varias versiones diferentes (de nuevo, un poco como el cheroqui). Con la ayuda de mi(s) experto(s) escocés(es), he utilizado el gaélico principalmente de las antiguas lenguas del reino de Dalriada y de Galloway de la costa oeste de Escocia y de la costa nordeste de Irlanda. Este dialecto se conoce comúnmente como gal-gaélico o galgaél. Cualquier error es mío.

Kristin:

Gracias a al entrenador Mark, así como al campamento Tulsa y a Precision Body Art por ayudarme a sentirme fuerte, poderosa y hermosa.

¡Y gracias a los Shawnus por proporcionarme algo de paz y tranquilidad!

Ambas:

Como siempre, nos gustaría mencionar a nuestro equipo en St. Martin's Press: Jennifer Weis, Matthew Shear, Anne Bensson, Anne Marie Tallberg ¡y el impresionante equipo de diseño que sigue sorprendiéndonos con fabulosas portadas! ¡Os queremos St. Martin's Press!

Gracias a MK Advertising, que hace un trabajo genial en la página web [www.pccast.net](http://www.pccast.net) y en [www.houseofnightseries.com](http://www.houseofnightseries.com).

Como siempre, Kristin y yo enviamos nuestro amor y nuestro agradecimiento a nuestra maravillosa agente y amiga, Meredith Bernstein. La Casa de la Noche no existiría sin ella.

Y, finalmente, gracias a nuestros leales fans. ¡Sois sin duda los mejores!



## Kalona

Kalona levantó las manos. No lo dudó. No existía ni rastro de vacilación en su mente. Sabía lo que tenía que hacer. No permitiría que nada ni nadie se interpusiese en su camino, y ese chico humano se encontraba entre él y lo que él deseaba. En realidad, no tenía ningún interés en matar al chico; pero tampoco tenía ningún interés en que siguiera vivo. Se trataba de una simple necesidad. No sintió remordimientos o arrepentimiento. Durante los siglos que habían pasado desde su caída, Kalona había sentido muy pocas cosas. Así que, con indiferencia, el inmortal alado torció el cuello del chico y puso fin a su vida.

—¡¡¡¡No...!!!!

La angustia reflejada en esa única palabra paralizó el corazón de Kalona. Dejó caer el cuerpo sin vida del muchacho y se dio la vuelta rápidamente para ver a Zoey corriendo hacia él. Sus miradas se encontraron. En la de ella, había desesperación y odio; en la de él, un intento de negar lo evidente. Trató de formular las palabras que podrían hacer que lo entendiera... que podrían hacer que lo perdonase. Pero no había nada que él pudiese decir que lograra cambiar lo que Zoey había visto. Y, aunque pudiese lograr aquel imposible, no tenía tiempo.

Zoey lanzó todo el poder del elemento del espíritu contra el inmortal; lo golpeó azotándolo con una fuerza que iba más allá de los límites físicos. El espíritu era la esencia de Kalona, su interior, el elemento que lo había sustentando durante siglos y con el que siempre se había sentido más cómodo... y también más poderoso. El ataque de Zoey lo abrasó. Lo elevó con tal fuerza que lo arrojó sobre el enorme muro de piedra que separaba la isla de los vampiros del golfo de Venecia. El agua helada se lo tragó, ahogándolo. Durante un momento, el dolor interno que sentía le causó tal alivio que no luchó contra él. Quizás ahora podría dejar que acabase por fin esa terrible lucha por la vida y todo lo que eso conllevaba. Quizás, de nuevo, debería dejarse vencer por ella. Pero menos de un latido después, lo sintió: el alma de Zoey se rompió en

pedazos y, del mismo modo en que su caída lo había transportado a él de un reino a otro, el espíritu de Zoey abandonó este mundo.

Darse cuenta de aquello le hizo más daño que el golpe asestado con el espíritu.

¡Zoey no! Él nunca había querido hierla. A pesar de todas las maquinaciones de Neferet, a pesar de todas sus manipulaciones y planes, él se había mantenido firme ante la idea de que, pasase lo que pasase, siempre usaría sus vastos poderes inmortales para mantener a Zoey a salvo porque, en última instancia, ella era lo más cerca que podía llegar a estar de Nyx en este reino... y este era el único reino que le quedaba.

Luchó por reponerse del ataque de Zoey, zafó su enorme cuerpo de las garras de las olas y se dio cuenta de lo que había sucedido: por su culpa, el espíritu de Zoey se había ido, lo que significaba que iba a morir. Con su primera inspiración de aire, soltó un desgarrador grito de desesperación cuya única sílaba se convirtió en eco.

—¡¡¡¡No...!!!!

¿Realmente había llegado a creerse que no era capaz de sentir de verdad desde su caída? Había sido un idiota; estaba equivocado, muy equivocado. Las emociones lo golpearon mientras volaba sin orden ni concierto justo por encima de la línea de flotación, debilitando más su espíritu ya herido, protestando furiosamente contra él, despertándolo, haciendo sangrar a su alma. Con la visión borrosa y ennegrecida, miró más allá de la laguna, entrecerrando los ojos para divisar las luces que anunciaban tierra firme. No conseguiría llegar. Tendría que ir al palacio. No tenía elección. Usando las últimas reservas de sus fuerzas, Kalona batió sus alas contra el viento glacial, se elevó sobre el muro y se dejó caer hecho un ovillo sobre la tierra helada.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí tirado, en la fría oscuridad de la desgarrada noche, dejando que las emociones abrumasen su alma conmocionada. En algún lejano lugar de su mente, le resultó familiar lo que le había sucedido: había caído de nuevo, solo que esta vez era más una cuestión espiritual que corporal, aunque su cuerpo tampoco parecía responderle.

Sintió su presencia antes de que hablase. Había sido así desde el principio, lo desease o no: sencillamente, se sentían el uno al otro.

—¡Permitiste que Stark fuera testigo de la muerte del chico!

La voz de Neferet era más gélida que el mar convertido en hielo.

Kalona giró la cabeza para poder ver algo más que su dedo del pie asomando por la punta de un zapato de tacón. La miró desde abajo, parpadeando para enfocar la vista.

—Accidente —logró decir con un áspero susurro—. Zoey no debería haber estado ahí.

—Los accidentes son inadmisibles y no me importa en absoluto que ella estuviera allí. En realidad, las consecuencias de ese hecho son bastante convenientes.

—¿Sabes que su alma se ha roto?

Kalona odiaba la debilidad antinatural que reflejaba su voz y el extraño aletargamiento de su cuerpo casi tanto como el efecto que la belleza glacial de Neferet tenía sobre él.

—Imagino que la mayoría de los vampiros de la isla lo saben. Es típico de ella: el espíritu de Zoey no fue precisamente discreto en su despedida. Me pregunto, sin embargo, cuántos de los vampiros sintieron también el ataque que esa insolente te lanzó justo antes de marcharse.

Neferet se golpeó la barbilla pensativamente con una larga y afilada uña.

Kalona permaneció en silencio, tratando de concentrarse y de unir los pedacitos de su espíritu roto. Pero la tierra contra la que descansaba su cuerpo era demasiado real y no tenía fuerzas para levantarse y alimentar su alma con los tenues vestigios del Otro Mundo que flotaban por allí.

—No, me imagino que no lo sintieron —continuó Neferet con su voz más desapasionada—. Ninguno de ellos está conectado con la Oscuridad, contigo, como lo estoy yo. ¿No es así, mi amor?

—Estamos conectados de forma única —consiguió decir Kalona, aunque de repente deseó que sus palabras no fueran ciertas.

—Sin duda... —dijo ella, todavía distraída por sus pensamientos.

Después los ojos de Neferet se abrieron al caer en la cuenta.

—Me he preguntado muchas veces cómo consiguió A-ya herirte a ti, un inmortal físicamente tan poderoso, como para que esas brujas cheroqui te pudiesen atrapar. Creo que la pequeña Zoey me acaba de dar la respuesta que tú me has ocultado con tanto tino: tu cuerpo puede ser dañado, pero solo a través de tu espíritu. ¿No es fascinante?

—Me curaré —dijo imprimiendo a su voz toda la fuerza que era capaz de reunir—. Llévame de vuelta al castillo de Capri. Déjame en la terraza de la parte superior, lo más cerca del cielo que puedas, y así recuperaré mis fuerzas.

—Supongo que las recuperarías... si yo tuviese intención de hacer lo que me pides. Pero tengo otros planes para ti, amor mío.

Neferet levantó las manos y las extendió sobre él. Mientras seguía hablando, empezó a mover sus largos dedos en el aire, creando intrincados diseños, como una araña tejiendo su tela.

—No dejaré que Zoey vuelva a interponerse entre nosotros nunca más.

—Un alma rota es una sentencia de muerte. Zoey ya no es una amenaza para nosotros —dijo él.

Con una mirada cómplice, Kalona miró a Neferet. Ella empezó a hacer surgir hilos de una cosa negra pegajosa que él reconoció de inmediato. Se había pasado vidas enfrentándose a esa Oscuridad antes de abrazar su frío poder. Los hilos latían y revoloteaban con familiaridad, inquietos bajo los dedos de Neferet. *No debería ser capaz de convocar a la Oscuridad de forma tan tangible. Ese*

pensamiento pasó como el eco de una sentencia de muerte en su agotada mente. *Una alta sacerdotisa no tiene tal poder.*

Pero Neferet ya no era una simple alta sacerdotisa. Había superado los límites de ese rango hacía algún tiempo y no tenía ningún problema para controlar a la retorcida oscuridad que había conjurado.

*Se está haciendo inmortal*, comprendió Kalona. Y al hacerlo, el miedo se unió al arrepentimiento y a la ira que se habían ido fermentando en el interior del guerrero caído de Nyx.

—Mucha gente pensaría que es una sentencia de muerte —dijo Neferet con tranquilidad mientras atraía más y más hilos oscuros hacia ella—, pero Zoey tiene la terrible e inconveniente manía de sobrevivir. Esta vez me voy a asegurar de que muera.

—El alma de Zoey también tiene el hábito de reencarnarse —dijo él, provocando a propósito que Neferet desviase la atención de lo que estaba haciendo.

—¡Entonces la destruiré una y otra vez!

La concentración de Neferet solo aumentó con la ira que sus palabras suscitaron. La negrura que tejía se intensificó, retorciéndose con fuerza en el aire, a su alrededor.

—Neferet. —Kalona trató de llegar a ella usando su nombre—. ¿Entiendes de verdad lo que estás tratando de conjurar?

Su mirada se encontró con la de ella y, por primera vez, Kalona pudo ver la mancha de color escarlata que se alojaba en la profundidad de sus ojos.

—Por supuesto que sí. Es lo que los seres inferiores llaman el mal.

—Yo no soy un ser inferior y también lo llamo así.

—Ah, no, hace siglos que no. —Su risa era despiadada—. Pero parece ser que últimamente has estado conviviendo demasiado con las sombras de tu pasado, en lugar de deleitarte con el precioso poder oscuro del presente. Y yo sé quién es la culpable de eso.

Con un tremendo esfuerzo, Kalona consiguió sentarse.

—No. No quiero que te muevas.

Neferet movió rápidamente un dedo hacia él y un hilo de oscuridad se enroscó en su cuello, lo apretó y lo empujó contra el suelo de nuevo.

—¿Qué quieres de mí? —dijo con voz ronca.

—Quiero que sigas al espíritu de Zoey al Otro Mundo y que te asegures de que ninguno de sus «amigos» —pronunció con aire despectivo— encuentre la manera de convencerla para que vuelva a unirse a su cuerpo.

La sorpresa sacudió el cuerpo del inmortal.

—Fui desterrado por Nyx del Otro Mundo. No puedo seguir a Zoey hasta allí.

—Oh, estás equivocado, amor mío. ¿Sabes? Siempre piensas demasiado literalmente. Nyx te hizo caer y tú caíste. No puedes volver. Has creído

durante siglos que era así. Bueno, es cierto que tú, literalmente, no puedes volver. —Suspiró dramáticamente mientras él la miraba sin comprender nada—. Tu maravilloso cuerpo fue desterrado, eso es todo. ¿Dijo algo Nyx de tu alma inmortal?

—No necesitaba decirlo. Si un alma permanece separada de un cuerpo demasiado tiempo, ese cuerpo se muere.

—Pero tu cuerpo no es mortal, lo que significa que se le puede separar indefinidamente de su alma sin privarlo de su hálito vital —replicó ella.

Kalona luchó para evitar mostrar en su expresión el terror que sus palabras le habían infundido.

—Es verdad que no puedo morir, pero eso no significa que mi cuerpo vaya a seguir indemne si mi espíritu lo abandona demasiado tiempo.

*Podría envejecer... volverme loco... convertirme en un mero recipiente mortuario de mí mismo...* Las posibilidades se arremolinaron en su mente.

Neferet se encogió de hombros.

—Entonces tendrás que asegurarte de acabar pronto tu tarea para poder volver a tu encantador cuerpo inmortal antes de que este se vea dañado irreparablemente. —Le sonrió seductoramente—. No me gustaría nada que le ocurriera algo a tu cuerpo, amor mío.

—Neferet, no lo hagas. Estás poniendo en marcha cosas que requerirán un pago y a cuyas consecuencias ni siquiera tú querrás enfrentarte.

—¡No me amenes! Te liberaré de tu prisión. Te amé. Y después vi cómo tú te ponías a corretear detrás de esa estúpida adolescente. ¡Quiero que desaparezca de mi vida! ¡Consecuencias? ¡Bienvenidas sean! Ya no soy la débil e incompetente alta sacerdotisa de una diosa, una mera acatadora de normas. ¿Entiendes? Si no hubieses estado tan distraído con esa cría, lo sabrías sin necesidad de que yo te lo dijese. ¡Soy una inmortal, igual que tú, Kalona! —Su voz era sobrecogedora al ser amplificadas por su poder—. Somos la pareja perfecta. Antes tú también creías eso y lo volverás a hacer, cuando ya no exista Zoey Redbird.

Kalona la miró fijamente, aceptando que Neferet estaba completa y verdaderamente loca y preguntándose por qué la demencia no hacía más que alimentar su poder e intensificar su belleza.

—Así que esto es lo que he decidido hacer —continuó, hablando metódicamente—. Voy a mantener a salvo tu sexi e inmortal cuerpo oculto bajo tierra en algún lugar mientras tu alma viaja al Otro Mundo y se asegura de que Zoey no vuelva.

—¡Nyx nunca lo permitirá!

Las palabras salieron en tropel por su boca, antes de que pudiese evitarlo.

—Nyx permite la libre elección. Como su anterior suma sacerdotisa, sé sin lugar a dudas que te permitirá viajar en espíritu al Otro Mundo —dijo Neferet astutamente—. Recuerda, Kalona, mi amor verdadero, si te aseguras de que

Zoey muere, estarás eliminando el último impedimento para que tú y yo reinemos juntos. Nuestro poder superará los límites de este mundo lleno de maravillas modernas. Piénsalo: subyugaremos a los humanos y el reinado de los vampiros volverá con toda la belleza, la pasión y el poder ilimitado que ello implica. La tierra será nuestra. ¡Le daremos, sin duda, nueva vida al glorioso pasado!

Kalona sabía que estaba jugando con su debilidad. En silencio, se maldijo por haberle permitido conocer demasiado bien sus deseos más profundos. Había confiado en ella y por eso Neferet sabía que no era Érebo y que, por tanto, nunca podría reinar de verdad al lado de Nyx en el Otro Mundo. Por eso se veía forzado a recrear todo lo que había perdido allí en este mundo moderno.

—¿Lo ves, mi amor? Si lo piensas lógicamente, lo correcto es que sigas a Zoey y cortes la unión entre su cuerpo y su alma. Hacerlo sencillamente ayudaría a cumplir tus deseos más profundos.

Neferet habló despreocupadamente, como si estuviesen discutiendo sobre el tejido de su próximo vestido.

—¿Y cómo se supone que voy a poder encontrar el alma de Zoey? —dijo, intentando igualar su tono práctico—. El Otro Mundo es un reino tan vasto que solo los dioses y las diosas pueden atravesarlo.

La cara de Neferet, que hasta entonces mostraba una expresión bastante insulsa, se tensó, haciendo que su cruel belleza fuese imposible de soportar.

—¡No finjas que no tienes una conexión con su alma! —La *tsi sgili* inmortal respiró profundamente y continuó con un tono más razonable—. Admítelo, mi amor: podrías encontrar a Zoey aunque nadie más pudiese hacerlo. ¿Qué eliges, Kalona: reinar en la tierra a mi lado... o seguir siendo un esclavo del pasado?

—Elijo reinar. Siempre elijo reinar —contestó sin dudar.

En cuanto habló, los ojos de Neferet se transformaron. El verde de su interior se disipó en favor del escarlata. Ordenó a los orbes brillantes que fueran a él, sosteniéndolo, atrapándolo, entrando en él.

—Entonces escúchame, Kalona, guerrero caído de Nyx. Juro mantener tu cuerpo a salvo. Cuando Zoey Redbird, iniciada alta sacerdotisa de Nyx, no exista, prometo que retiraré estas cadenas oscuras y permitiré que regrese tu espíritu. Entonces te llevaré a la parte superior de nuestro castillo, en Capri, y dejaré que el cielo te dé vida y te fortalezca para que dirijas este reino como mi consorte, mi protector, mi Érebo.

Mientras Kalona la miraba, incapaz de detenerla, Neferet usó una de sus puntiagudas uñas para rasgar la piel de la palma de su mano derecha. Cerrando un poco la mano para recoger la sangre que se formó en ella, extendió el brazo, ofreciéndola.

—Mediante la sangre, conjuro este poder; mediante la sangre, cierro este juramento.

La Oscuridad se agitó a su alrededor y descendió a su palma, retorciéndose, estremeciéndose, bebiendo de ella. Kalona podía sentir la atracción de esa Oscuridad. Le habló a su alma con susurros seductores y poderosos.

—¡Sí!

Afirmación que salió como un gemido roto y profundo desde su garganta mientras Kalona se rendía a la avariciosa Oscuridad.

Cuando Neferet continuó, su voz sonaba magnificada, henchida de poder.

—Es por decisión tuya que he sellado este juramento de sangre con Oscuridad, pero si me fallas y lo rompes...

—No fallaré.

La belleza de su sonrisa era de otro mundo; sus ojos estaban enturbiados de sangre.

—Si tú, Kalona, guerrero caído de Nyx, rompes este juramento y fallas en la misión de destruir a Zoey Redbird, iniciada alta sacerdotisa de Nyx, yo dominaré tu espíritu mientras seas inmortal.

La respuesta llegó a él espontáneamente gracias a la seductora Oscuridad, a la que había preferido durante siglos frente a la Luz.

—Si fallo, dominarás mi espíritu mientras yo sea inmortal.

—Eso hemos jurado.

Neferet sajó de nuevo su palma, creando una sangrante equis en su carne. El aroma metálico llegó a Kalona como el humo que sale de una hoguera mientras ella levantaba su mano de nuevo hacia la Oscuridad.

—¡Que así sea!

El rostro de Neferet se retorció de dolor mientras la Oscuridad volvía a beber de ella, pero se mantuvo firme, no se movió hasta que el aire a su alrededor vibró y se hizo más denso con su sangre y su juramento.

Solo entonces bajó la mano. Sacó la lengua para lamer la línea escarlata y parar el sangrado. Neferet caminó hacia él, se inclinó y le colocó las manos con delicadeza en cada mejilla, en un gesto muy parecido al que él había tenido con el chico humano antes de asestarle su golpe de gracia. Kalona podía sentir que la Oscuridad latía alrededor de ella y en su interior. Se sentía como un toro enfurecido esperando ansiosamente las órdenes de su dueña.

Los labios rojos manchados de sangre de Neferet se acercaron justo hasta casi tocar los suyos.

—Por el poder que corre por mi sangre y por el poder de las vidas que he tomado, os ordeno, deliciosos hilillos de Oscuridad, que le separéis el alma del cuerpo a este inmortal que ha prestado juramento y la hagáis llegar hasta el Otro Mundo. Id y haced lo que os ordeno y os prometo que sacrificaré la vida de un inocente que vosotros hayáis sido incapaces de tentar. ¡Hacedlo por mí, que así sea!

Neferet respiró profundamente y Kalona vio cómo los oscuros hilos que había conjurado se deslizaban entre sus carnosos labios rojos. Inhaló Oscuridad

hasta que estuvo saciada y después cubrió su boca con la suya. Con ese oscuro beso teñido de sangre, introdujo la Oscuridad en él con tanta fuerza que le desgarró el alma ya herida de su cuerpo. Mientras esta chillaba en una agonía silenciosa, Kalona fue elevado hacia el reino del que su diosa lo había desterrado, dejando su cuerpo sin vida, encadenado, unido por un juramento al mal y a merced de Neferet.



## Rephaim

El sonido del tambor era como el latido de un inmortal: interminable, opresor, abrumador. Resonó en el alma de Rephaim al ritmo de los latidos de su sangre. Entonces, con el compás del tambor, las palabras antiguas tomaron forma. Envolvieron su cuerpo de tal manera que incluso mientras dormía, su pulso se alió en armonía con la melodía eterna. En su sueño, las voces de las mujeres cantaban.

Resurgir quiere aquel que desde antaño dormita.  
El poder de la tierra deberá sangrar de un rojo sagrado,  
para que la marca se haga realidad, tal y como la reina tsi sgili imagina  
cuando él de su lecho de ultratumba sea izado.

La canción era seductora y, como un laberinto, daba vueltas interminablemente.

Él será libre a través de las manos de los fallecidos.  
Terrible belleza, monstruoso panorama.  
De nuevo serán regidos,  
y ante este oscuro poder se arrodillarán las damas.

La música era como un encantamiento murmurado. Una promesa. Una bendición. Una maldición. El recuerdo de la premonición hizo que el cuerpo dormido de Rephaim se agitara, incómodo. Se retorció y, como un niño abandonado, susurró solo una palabra:

—¿Padre?

Dulce suena la canción de Kalona  
mientras masacramos con gélido calor.

—Mientras masacramos con gélido calor...

A pesar de estar dormido, Rephaim respondió a las palabras. No se despertó, pero el ritmo de su corazón aumentó y, con los puños apretados, su cuerpo se tensó. En el límite entre el sueño y la vigilia, el sonido del tambor se paró, indeciso, y las suaves voces de las mujeres fueron reemplazadas por una sola, profunda y demasiado familiar.

—¡Traidor... cobarde... desleal... mentiroso!

La voz masculina sonó como una condena. Aquella letanía cargada de ira invadió el sueño de Rephaim y lo hizo volver al mundo consciente de una brusca sacudida.

—¡Padre!

Rephaim se puso de pie, tirando los papeles viejos y los pedacitos de cartón que había usado para crear un nido a su alrededor.

—Padre, ¿estás aquí?

Captó el destello de un movimiento por el rabillo del ojo y saltó hacia delante, sacudiendo su ala rota mientras buscaba con la mirada en las profundidades del armario oscuro de paneles de cedro.

—¿Padre?

Su corazón sabía que Kalona no estaba allí antes incluso de que una neblina de luz y movimiento tomase forma para revelar una niña.

—¿Qué eres?

Rephaim clavó en ella su mirada ardiente.

—Un fantasma, una aparición.

En lugar de desvanecerse, como debería haber hecho, la niña entrecerró los ojos para estudiarlo, intrigada.

—No eres un pájaro, pero tienes alas. Y no eres un chico, pero tienes brazos y piernas. Y tus ojos son como los de un muchacho, también, aunque rojos. ¿Qué eres?

Rephaim sintió crecer su ira. Con un movimiento rápido que hizo que punzadas de dolor traspasaran su cuerpo, saltó desde el armario, aterrizando a tan solo a unos centímetros del fantasma; depredador, peligroso, a la defensiva.

—¡Soy una pesadilla hecha realidad, espíritu! Márchate y déjame en paz antes de que aprendas que hay que temer cosas mucho peores que la muerte.

Por culpa de su abrupto movimiento, la niña fantasma había dado un pequeño paso hacia atrás, por lo que su hombro rozaba ahora la parte baja del cristal de la ventana. Pero se quedó allí, quieta, mirándolo todavía con ojos curiosos e inteligentes.

—Llamaste a tu padre en sueños. Te oí. No puedes engañarme. Soy lista y me acuerdo de las cosas. Además, no me asustas porque lo que te pasa es que estás herido y solo.

Entonces el espíritu de la niña cruzó los brazos de mal humor delante de su delgado pecho, sacudió hacia atrás su largo pelo rubio y desapareció, dejando a Rephaim tal y como ella había dicho: herido y solo.

Rephaim aflojó los puños. Sus latidos se ralentizaron. Se dejó caer pesadamente en su improvisado nido y apoyó la cabeza contra el lateral del armario que estaba tras él.

—Patético —murmuró—. El hijo favorito de un antiguo inmortal reducido a esconderse entre basura y a hablar con el fantasma de una niña humana.

Trató de reírse pero no pudo. Seguía oyendo el eco de la música de su sueño, de su pasado, a su alrededor. Igual que la otra voz... la que habría jurado que pertenecía a su padre.

No podía seguir sentado. Ignorando el dolor de su brazo y el tormento que le producía su ala, Rephaim se puso en pie. Odiaba la debilidad que había invadido su cuerpo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí, herido, agotado por su huida desde los túneles, hecho un ovillo en aquella caja de la pared? No podía recordarlo. ¿Había pasado un día? ¿Dos?

*¿Dónde está ella? Me había dicho que vendría a verme durante la noche. Y aquí estoy yo, donde Stevie Rae me dijo que viniera. Y ya es de noche y ella no ha venido.*

Sintiendo odio hacia sí mismo, soltó un gruñido, abandonó el armario y su nido y pasó caminando airadamente al lado del alféizar ante el que se había materializado la niña, en dirección a la puerta que daba a la terraza. Al llegar allí, justo después del alba, su instinto lo había llevado hasta el segundo piso de la mansión abandonada. Al límite de su enorme reserva de fuerzas, solo había pensado en su seguridad y en dormir.

Pero ahora estaba muy despierto.

Contempló los desiertos terrenos del museo. El granizo que había estado presente durante días había cesado de caer, y había dejado los enormes árboles que rodeaban las onduladas colinas en las que se asentaba el museo Gilcrease y su mansión abandonada con las ramas dobladas por el peso y destrozadas. La visión nocturna de Rephaim era buena, pero no podía detectar ningún movimiento fuera. Las casas que poblaban el área entre el museo y la ciudad de Tulsa estaban casi tan oscuras como durante su viaje hasta allí, tras el amanecer. Solo pequeñas lucecitas salpicaban el paisaje, en lugar de la intensa y resplandeciente electricidad que Rephaim habría esperado ver en una ciudad moderna. Únicamente había velas débiles y parpadeantes, nada comparado con la majestuosidad del poder que este mundo podía reflejar.

No había, por supuesto, ningún misterio en lo que pasaba: las líneas que transportaban la electricidad a las casas de los humanos modernos habían sido cortadas. Eso estaba tan claro como que el hielo se acumulaba en las copas de los árboles. Rephaim sabía que eso era una ventaja para él. Las calles parecían medianamente transitables, excepto por las ramas caídas y otros restos dejados

en las calzadas. Si la gran máquina eléctrica no se hubiese estropeado, la gente se habría agolpado en la zona, fuera de sus casas, recuperando su vida cotidiana.

—La falta de electricidad mantiene a los humanos alejados —dijo para sí mismo—. ¿Pero qué es lo que la mantiene a ella alejada?

Con un resoplido de pura frustración, Rephaim abrió de golpe la desvencijada puerta, buscando automáticamente el cielo abierto para calmar sus nervios. El aire era frío y húmedo. La niebla baja sobre la hierba invernal colgaba en capas onduladas, como si la tierra tratase de ocultarse de su mirada.

Rephaim levantó los ojos, dejó escapar un largo suspiro y se estremeció. Inhaló mirando hacia el firmamento, que parecía antinaturalmente brillante en comparación con la ciudad oscura. Las estrellas lo llamaban, al igual que la media luna menguante.

Todo el cuerpo y la esencia de Rephaim se morían por elevarse en el cielo. Quería sentirlo bajo sus alas, traspasando su cuerpo oscuro y plumoso, acariciándolo con el tacto de una madre que nunca había conocido.

Extendió su ala sana, que era más grande que un cuerpo adulto. Su otra ala tembló y el aire nocturno que Rephaim había inhalado salió de él con un gemido desesperado.

¡Tullido! La palabra se quedó grabada en su mente.

—No. No estás seguro.

Rephaim habló en voz alta. Sacudió la cabeza, tratando de expulsar aquella inusual fatiga que lo hacía sentir cada vez más indefenso, cada vez más herido.

—¡Concéntrate! —Rephaim se reprendió a sí mismo—. Es hora de que encuentres a Padre.

La mente de Rephaim todavía no se había recuperado del todo pero, aunque cansada, estaba más clara que nunca desde su caída. Ya debería ser capaz de poder detectar algún rastro de su padre. No importaba la distancia o el tiempo que los separase porque estaban unidos por sangre y espíritu y, especialmente, por el don de la inmortalidad, derecho de nacimiento de Rephaim.

Este miró hacia arriba, al cielo, pensando en las corrientes de aire sobre las que estaba tan acostumbrado a planear. Respiró profundamente, levantó su brazo sano y extendió la mano, tratando de tocar aquellas escurridizas corrientes y los vestigios de la magia oscura del Otro Mundo que allí languidecían.

—¡Muéstrame algún rastro de él! —le rogó con urgencia a la noche.

Durante un momento pensó que había notado un destello como respuesta, lejos, muy lejos, hacia el este. Pero después solo pudo sentir agotamiento.

—¿Por qué no te puedo sentir, Padre?

Frustrado e inusualmente extenuado, dejó que su mano cayese flácidamente a su lado.

*Fatiga inusual...*

—¡Por todos los dioses!

Rephaim de repente se dio cuenta de qué era lo que le había minado las fuerzas y dejado como un burdo reflejo de sí mismo. Supo qué era lo que le impedía que sintiese el camino que su padre había tomado.

—Ha sido ella.

Su voz sonó dura y tenía los ojos de un carmesí abrasador.

Sí, lo habían herido terriblemente; pero como hijo de un inmortal que era, su cuerpo tendría que haber comenzado ya a recuperarse. Había dormido... dos veces desde que el guerrero lo había disparado mientras volaba. Su mente se había aclarado. El sueño tendría que haber seguido reparándolo. Aunque su ala, como sospechaba, tuviese daños permanentes, el resto de su cuerpo debería estar notablemente mejor. Sus poderes deberían haber vuelto a él.

Pero la Roja había bebido de su sangre, se había conectado con él. Y, al hacerlo, había alterado el equilibrio del poder inmortal de su interior.

Su ira aumentó para unirse a la frustración que ya sentía.

Ella lo había usado y después lo había abandonado.

*Igual que Padre.*

—¡No! —se corrigió inmediatamente.

Su padre se había alejado de él por culpa de la iniciada alta sacerdotisa. Volvería cuando pudiese y Rephaim volvería a estar a su lado una vez más. Era la Roja quien lo había usado y después lo había dejado tirado.

¿Por qué aquella simple idea le causaba ese curioso dolor en su interior? Ignorando aquel sentimiento, elevó la cara hacia el cielo familiar. Él no había pedido esa conexión. Solo la había salvado porque le debía la vida y sabía demasiado bien que uno de los verdaderos peligros de este mundo, así como del siguiente, era el poder de una deuda de vida impagada.

Bueno, ella lo había rescatado; lo había encontrado, escondido y después liberado. Pero en el tejado de aquel edificio él le había devuelto el favor ayudándola a esquivar una muerte segura. Su deuda de vida estaba ahora pagada. Rephaim era el hijo de un inmortal, no un débil hombrecillo humano. Casi no albergaba dudas de que podía romper esa conexión, aquella ridícula consecuencia de salvarle la vida. Usaría lo que le quedaba de sus fuerzas para desear que desapareciese y después comenzaría a sanarse de verdad.

Inspiró en la noche de nuevo. Ignorando la debilidad de su cuerpo, Rephaim se concentró con fuerza en su deseo.

—Convoco al poder del espíritu de los antiguos inmortales, mío por derecho de nacimiento, para romper...

Una ola de desesperación lo golpeó y Rephaim se tambaleó contra la barandilla del balcón. La tristeza invadió su cuerpo con tal fuerza que lo arrojó sobre sus rodillas. Así se quedó, jadeando entre el dolor y la sorpresa.

*¿Qué me está sucediendo?*

Después lo inundó un extraño miedo y Rephaim empezó a entender lo que ocurría.

—Estos no son mis sentimientos—se dijo a sí mismo, intentando encontrar la calma entre aquella vorágine de angustia—. Son los suyos.

Rephaim respiró entrecortadamente mientras el miedo se iba convirtiendo en desesperanza. Armándose de valor para enfrentarse a aquella constante arremetida de sentimientos, trató de permanecer de pie, luchando contra las ondas que le enviaban las emociones de Stevie Rae. Con firmeza, se obligó a concentrarse y traspasar los ataques y el cansancio, que tiraba constantemente de él, para tratar de llegar a aquel lugar lleno de poder que permanecía cerrado e inactivo para la mayoría de la humanidad... al lugar que solo su sangre abriría.

Rephaim empezó de nuevo la invocación. Esta vez con otro objetivo.

Más tarde se diría a sí mismo que su respuesta había sido automática, que había actuado bajo la influencia de su conexión; sencillamente, ese vínculo había sido más poderoso de lo que esperaba. Había sido esa detestable conexión la que le había hecho creer que la forma más segura y rápida de acabar con aquella horrible lluvia de emociones que le llegaban desde la Roja era atraerla hasta él y así alejarla de lo que fuera que le estaba causando tanto dolor.

No podía deberse a que le importase que ella estuviese sufriendo. Eso nunca.

—Convoco al poder del espíritu de los antiguos inmortales, mío por derecho de nacimiento.

Rephaim habló rápidamente. Ignorando el dolor de su cuerpo maltrecho, atrajo la energía hacia él desde las sombras más oscuras de la noche y después canalizó aquel poder a través de él, cargándolo con inmortalidad. El aire a su alrededor brilló al teñirse de un resplandor escarlata oscuro.

—Mediante el poder inmortal de mi padre, Kalona, que sembró mi sangre y mi espíritu con vigor, te envió a mi...

Su frase quedó en suspenso. ¿Su? Ella no era su nada. Ella era... ella era...

—¡Ella es la Roja! La alta sacerdotisa vampira de los que están perdidos—consiguió decir finalmente—. Está conectada conmigo a través de un vínculo de sangre y de una deuda de vida. Vete junto a ella. Fortalécela. Tráela hasta mí. Por la parte inmortal de mi ser, ¡te lo ordeno!

La neblina roja se dispersó al instante, volando hacia el sur, en la dirección por la que él había venido, buscándola.

Rephaim se giró para seguirla con la mirada. Y después esperó.